

La GUERRA AEREA, el hombre y los países.

Por el Teniente Coronel PRADO CASTRO

No cabe duda a nadie—doctos o legos en la materia—que la aparición del Arma Aérea como medio de combate importantísimo en la lucha moderna trajo una verdadera revolución a los clásicos principios del Arte militar. Pero mucho más todavía ha influido en el espíritu del hombre de este siglo. La mentalidad humana, ante el inmenso peligro que supone la acción destructiva de este nuevo empleo de la fuerza, ha cambiado fundamentalmente. Tiene que cambiar aún mucho más en el porvenir, ya que los progresos de la técnica aeronáutica han de ser ilimitados. Hoy es imposible para el hombre más genial prever lo que ocurrirá en materia de Aviación el año 2000; o sea, sólo dentro de cincuenta y cinco años, tiempo bien escaso, por cierto. En el futuro, habrá que designar al siglo XX como el siglo de la Aviación, comienzo de una nueva Era, en la que nosotros somos testigos de su iniciación, pero ignoramos sus posibilidades.

En sus principios, el uso del avión en la guerra lo fué como arma de observación y apenas de combate. Empleado en guerras coloniales primero (la nuestra de Africa, entre otras), y más tarde en la guerra europea del 14, sus efectos sobre la conducción de la guerra, su influencia en el Arte militar, su eficacia en el campo psicológico de la moral de guerra, fué bien escasa, por cierto.

Pero pocos años después, los progresos de la técnica de construcción aeronáutica, los "récores" conseguidos, su utilización como medio de transporte seguro y rápido, abrieron los ojos a los encargados de fijar las normas para una nueva preparación guerrera que pudiera presentarse de pronto. Nació entonces la doctrina de su empleo en grandes masas, con poderosos efectivos, con potentes explosivos, que la harían terriblemente temida. Y los comienzos de la segunda guerra mundial en septiembre del año 39 se inician con el empleo de la Aviación como el más poderoso resorte para conseguir la victoria en el campo de batalla o en la retaguardia del país enemigo.

Los precursores de su empleo, calificándola como el Arma decisiva, vieron confirmadas sus profecías inmediatamente. Nada se podía hacer, nada se conseguía en la superficie, si antes no se conseguía el dominio del cielo. Los pueblos también, aterrorizados, comprobaron dolorosamente que sus temores eran justificados. El Arma aérea imponía un nuevo sistema de combatir, de resistir y de sufrir. Había que adaptarse forzosamente a ello o perecer, y las muchedumbres cambiaron—como lo hacen ciertos animales con su piel

ante el peligro—su modo de pensar, su manera de vivir, sus sentimientos más profundos; cambiaron, en suma, su psicología, que es lo mismo que decir su alma. Exactamente lo mismo pasó al combatiente, parte de una muchedumbre, al fin, aunque organizada para la guerra y por la guerra.

En las guerras presentes son, como se sabe, muy diversos los factores que coadyuvan a obtener la victoria. Los hay de orden económico, como también militar y de orden moral. Todos son necesarios. Sin ellos no habrá victoria posible, y fijar un orden de prioridad sería una tremenda puerilidad. Mas no obstante, el empleo de la Aviación como hoy se hace, trae forzosamente a un primer plano de importancia los factores morales. Los recursos económicos o los medios militares, siempre importantísimos, pueden ser suministrados por otros países, ya que las guerras actuales se hacen a base de coaliciones o alianzas en que los grandes países ayudan a los más débiles; pero esta ayuda no puede afectar a los valores morales, que son cosa propia de la raza; no pueden exportarse ni venderse, como si fuesen una mercancía o armamentos militares. Esto supuesto, no queda más recurso a los pequeños países que el intentar fortalecer por todos los medios a su alcance el valor moral de sus Ejércitos, primero; el del país entero, después, sin descuidar, claro está, la eficiencia y puesta a punto de su potencial militar y económico, asegurando sus medios ofensivos o defensivos a intervenir en la lucha.

ESTUDIO PSICOLOGICO DEL COMBATIENTE ACTUAL

El armamento moderno, los nuevos procedimientos de combate y la guerra aérea, han aumentado considerablemente el índice de mortalidad entre los Ejércitos combatientes. Este es un hecho axiomático que no admite la menor duda. Por tanto, sin remontarnos a épocas pretéritas, hay que conceder al combatiente actual un mérito mayor en acudir a la lucha que a sus antepasados. Todavía en el siglo XIX y en algunas conflagraciones del siglo actual, podían encontrarse en los Ejércitos soldados veteranos de varias campañas, con integridad física para tomar de nuevo parte activa en otra que pudiera presentarse. Ahora esto no puede suceder. Podrá salirse indemne de una guerra, sin un rasguño si se quiere; pero es dudoso pueda suceder lo mismo en la siguiente. Esto influye de un modo poderoso en la recluta voluntaria para las Armas o Cuerpos de más actividad guerrera o de más peligro. Además, los enormes efectivos que intervienen en las actuales contiendas obligan a la movilización

ción en masa de todos los ciudadanos, incluidos, como así sucede, ancianos, jóvenes y mujeres. Es decir, que todo el país es combatiente, aunque haya grados en cuanto a su actividad.

¿Dónde comienzan y dónde acaban los límites de la actuación guerrera de un país? ¿Se combate sólo en las fronteras, o, por el contrario, puede surgir la impetuosa lucha en cualquier lugar? La acción aérea ha trastocado completamente la seguridad interior de todo país, ya que el desembarco aéreo es inevitable, incluso es conveniente hacerlo—con ello puede producirse el colapso—, siempre que el Ejército invasor cuente con el dominio del aire sobre el cielo adversario. Siendo esto así, contando con la experiencia de esta última guerra europea, la política de la preparación armada de cualquier nación tiene que adoptar una fisonomía diferente a todo lo anterior. Hay que preparar al país para la guerra aérea integral, así como para su defensa aéreamente considerada.

Es necesario, por tanto, una educación dirigida a estos fines, educación que tiene que recibir todo ciudadano, cualquiera que sea su sexo y edad; tomar en el interior las medidas de seguridad para defender del ataque por el aire las poblaciones, industrias importantes, centros de comunicación, depósitos de suministros, etc.; después, establecer la "cobertura interior organizando grandes centros de resistencia y de ataque" a la acción aérea enemiga; por último, contar con la flota aérea necesaria, en cantidad y calidad, de modo que su actuación tenga un carácter eminentemente ofensivo, única manera de aspirar a conseguir la victoria. Es decir, hay que crear una mentalidad aérea en el ámbito nacional, ya que no sólo debe de tenerla el oficio. Así como hay naciones eminentemente marítimas, con mentalidad marinera, y naciones interiores o continentales con mentalidad terrestre, hay que crear en todas—en España, desde luego—, una nueva mentalidad: la mentalidad aérea. El aire es hoy la frontera común que une, no que separa, a los países; por él, vertiginosamente, puede venir la plaga tremenda de aviones que arrase todo cuanto a su paso encuentre. Para evitarlo, hay que preparar al combatiente. Para preparar a éste, hay que estudiar su psicología, sus reacciones, su modo de obrar, de resistir y de sufrir, como ya hemos dicho.

Por el escenario en que se desarrollaron, por los países que intervinieron, por las causas mismas de la guerra y por los efectos políticos finales, son en conjunto las guerras napoleónicas las de más parecido a la que acaba de terminar en Europa. Fueron diferentes solamente en cuanto a la táctica y estrategia empleadas—no en balde pasaron ciento treinta años—, a los efectivos empleados y a los fines propuestos. Falta entonces mucho tiempo para el nacimiento de la Aviación, para el empleo de los tanques. Los pueblos, sin embargo, sufrieron entonces terriblemente, aunque sin comparación con los sufrimientos actuales.

También sufrieron los Ejércitos; pero, no obstante, muchos de los granaderos victoriosos en Rívoli o Austerlitz, vieron abatirse las águilas imperiales en Waterloo. Todo soldado podía esperar llegar a Mariscal, si la bravura y la suerte le acompañaban. Los pue-

blos también invadidos esperaban su liberación de resultas de una batalla afortunada. Hoy todo ello cambió de modo radical.

El soldado actual, como el de antaño, combate por un ideal; los pueblos, en cambio, lo hacen ahora por su supervivencia. ¿Se lucha, pues, en igualdad de condiciones? No, afirmamos. Hoy la lucha se ha hecho más difícil, se exige más a todos; el combatiente expone no sólo más su vida: expone mucho más el porvenir de la Patria. Necesita, por tanto, mucha más moral para intervenir en la lucha, para desarrollar ésta. El hombre, psicológicamente considerado, es un compuesto de cuerpo y alma, de analogías y contradicciones, de vicios y virtudes; considerado como combatiente, en su aspecto moral, es un compuesto de cualidades contradictorias: miedo y valor, egoísmo y altruismo, patriotismo o indiferencia en la defensa de su Patria. De la proporción en que se encuentren estas cualidades o defectos dependerá su actuación en el combate, bien sabido, por lo demás, que el instinto de conservación le llevará muchas veces, aun contra su voluntad, a actuar deficientemente en los momentos peligrosos.

Estos conceptos particulares, al generalizarse, permiten hacer extensivo a las colectividades, a los pueblos, lo que hemos dicho del individuo. Pero aún podemos llegar a más. Diremos que, como producto de la herencia de multitud de generaciones anteriores, el ser humano siente respeto instintivo, profundo temor, por cuantos fenómenos naturales tienen en el cielo su origen; tales como el miedo a las tormentas, al trueno, al rayo, e incluso aún el respeto a dichos fenómenos en hombres tenidos como valerosos. Pues más, muchísimo más respeto, más miedo, diremos, es el que siente por cuanto en la guerra puede lanzarse desde un avión.

Así se comprende cómo en nuestra guerra de Liberación primero, más tarde en la europea del 39, columnas enteras de soldados, a los que suponemos, desde luego, valerosos; unidades organizadas del Ejército, masas de ciudadanos de las urbes o de los campos, permanecen pegados al suelo, huyen como corderos espantados o se introducen en los más profundos refugios, sencillamente porque sienten miedo.

Lo primero que se precisa para combatir este miedo en el combatiente, en el ciudadano, en las masas, es conocer a fondo el fenómeno que lo produce, discernir los medios de prevenirlos, distinguir las causas de los efectos. En una palabra: deben dominar sus nervios, adaptando su alma a los tiempos nuevos, lo cual es lo mismo que variar su psicología. El combatiente, exteriormente, conserva su antigua forma, no varía su continente; interiormente, se ha transformado totalmente. El actual combatiente difiere por completo del anterior. Ha sido el Arma aérea quien ha obrado esa metamorfosis.

CONCEPTO DEL ESPACIO AEREO E INFLUJO SOBRE EL HOMBRE

Desde la más remota antigüedad ha sido el aire unos de los elementos que verdaderamente impresionó al hombre, tanto por lo menos como el fuego o el

mar. Cronológicamente, ha sido, sin embargo, el más moderno en ser descubierto, conocido y utilizado; fuerzas físicas imposibles de vencer, le cortaban el paso a cada instante. Pero aun siendo el último en orden al tiempo, su preocupación por las cosas del aire eran de tal naturaleza profundas, que una vez vencidas las dificultades, el desarrollo de sus investigaciones sobre el elemento temido, pero tan deseado, alcanzaron velocidades meteóricas. Sólo cuarenta años de experiencia bastaron para llegar a la altura del progreso en que hoy se encuentra la navegación aérea. Sólo Dios sabe cuál será el límite de aprovechamiento a que llegará el hombre en el dominio del espacio aéreo y cuáles serán sus posibilidades de acción. La Mitología, por de pronto, se ha salido con la suya al conseguir hacer despegar al hombre, venciendo la acción de la gravedad.

¿Podemos pronosticar lo que esto significará en el hombre del porvenir, dentro de cien años, por ejemplo? Solamente nos es permitido hacer un estudio, de lo que hasta el actual momento significa tal conquista, y ver la influencia que ejerce sobre la Humanidad presente. Lo que suceda en el futuro tendrán que ser otros quienes lo consignan.

Primeramente, la conquista del aire por el hombre abrió en su alma esperanzas sin cuento. Las perspectivas del empleo de la aviación con fines utilitarios son ilimitadas. Le permiten ver cumplidas sus milenarias esperanzas de trasladarse de un punto a otro del planeta con velocidad mucho mayor que utilizando otro cualquier vehículo; además, puede hacerlo con seguridad personal, con economía de tiempo, con el ahorro de las múltiples molestias de las fronteras terrestres o marítimas entre los países a recorrer. El comercio se beneficia con el nuevo sistema de transporte considerablemente; el intercambio de productos, de ideas, de sentimientos, se hará cada vez en mayor escala. El mundo resultará más pequeño cada vez, hasta achicarse por completo, y la posible hermandad entre las naciones, entre los habitantes del planeta, podría lograrse plenamente si no interviniesen contradictorias razones, opuestos intereses.

En efecto, el avance en el empleo y utilización del avión respondieron en un principio a estas esperanzas. Pero el avión no tenía sólo un empleo utilitario, constructivo, de beneficio exclusivamente. Desde el primer momento se vió claramente también que podía utilizarse para fines guerreros, transportando el fuego —y con el fuego, la destrucción— al interior de los países en guerra. Esta lucha de empleos encontrados, contradictorios, trajo como consecuencia una ola de pesimismo, primero; más tarde, de terror, al poder contrarrestar con claridad la magnitud de su poder destructivo.

Había que prepararse para la guerra aérea, que sería inevitable, que causaría ruinas sin cuento en el interior de las naciones. Había que hacerlo de prisa, sin pérdida de tiempo, porque el espacio aéreo, no teniendo fronteras, estaba abierto para su uso, tanto de día como de noche. Comienza entonces la "carrera de armamento aéreo": construir mucho y mejor que los demás, utilizar bombas pesadas con potentes explosivos y rápidas armas de a bordo, fijar la doctrina de su

empleo, prevenirse en tierra tomando las medidas de defensa. El mundo se da cuenta, por fin, de que el espacio aéreo tiene que ser conquistado "manu militari". La hegemonía del poder militar, hasta entonces vinculada en la posesión de una impresionante Armada o de un poderoso Ejército de tierra, cuenta con un nuevo elemento decisivo para la guerra. Este elemento es el poder aéreo o Ejército del Aire, tan importante por lo menos como los antiguos y clásicos Ejércitos anteriores.

La Aviación como arma de combate ha revolucionado los espíritus, alterado el antiguo concepto de los frentes de batalla, extendido la guerra a todos los países en su interior, cualquiera que sea su tamaño; convertido el riesgo en cosa general. Las batallas lineales terrestres o marítimas se han convertido en superficiales. El arte de la guerra tradicional sufrió la más tremenda crisis, pues la victoria puede hoy alcanzarse sin llegar incluso a luchar los Ejércitos de superficie.

Esta revolución en la conducción de la guerra moderna obliga al hombre actual a considerar el espacio aéreo como el lugar geométrico en donde radican sus más caras ilusiones de subsistir y sus materiales intereses, como también el lugar en donde ha de decidirse su porvenir de miembro de una sociedad o país organizado. Hay que procurar que este espacio aéreo sea dominado a cualquier precio, porque, asegurado, lo demás caerá como un fruto maduro.

CRUELDAD DE LAS GUERRAS MODERNAS

Quizá la característica más importante de la actual guerra ha sido la crueldad con que se ha producido. No porque hiciesen uso de ella deliberadamente los países beligerantes, sino más bien obligada por los medios de destrucción empleados, sobre todo el uso en gran escala de la Aviación de bombardeo.

Es todavía imposible hacer un balance de las pérdidas humanas y materiales de la pasada contienda en Europa y compararla con las ocasionadas en la anterior europea del 14-18. De los países que intervinieron, dieron algunos unas cifras que suponemos veraces, aunque sean por bajo de la realidad; otros, quizá, no puedan hacerlo nunca.

Inglaterra, por ejemplo, ha fijado el número total de bajas humanas en poco más de un millón de hombres, incluidas en esta cifra las bajas metropolitanas y las de los Dominios, cantidad, en efecto, no excesiva comparada con las de la anterior guerra europea, mucho mayor. También cifra en tres millones el número de casas total o parcialmente afectadas por el bombardeo aéreo; aproximadamente, una cuarta parte del total edificable del Reino Unido. Este último número es, en cambio, una cosa respetable, que prueba de modo palpable los terribles efectos de la acción aérea, a pesar de no haber sido invadido el territorio inglés ni haber ejercido Alemania una acción continuada ni fuerte sobre su cielo, por no haber conseguido el dominio aéreo disputado en la batalla de la Gran Bretaña el otoño de 1940.

Ignoramos lo que haya sucedido en otros países

beligerantes, por falta de estadísticas; pero si eso pasó en Gran Bretaña, ¿qué podremos decir de Alemania y Rusia, los dos países que más sintieron en su carne los zarrazos terribles de la guerra? Informaciones gráficas de todo género demuestran hasta la saciedad que poblaciones como Berlín, Hamburgo, Colonia, Essen y otras muchas alemanas, han desaparecido; y en Rusia, de igual modo, lo mismo ha ocurrido con Sebastopol, Odessa, Kiev, Jarkow, Stalingrado, etcétera, etc. Ciertamente que muchas de estas destrucciones ocurrieron por haberse aproximado a dichas ciudades la guerra terrestre; pero, en su mayor parte, fué debido a los efectos únicos del bombardeo aéreo, como ocurrió con las ciudades alemanas, sobre todo.

Conocemos, pues, los efectos materiales de la destrucción por medios aéreos; pero ignoraremos por mucho tiempo el número de personas que perecieron bajo los escombros, los efectos de uso íntimo y familiar—por eso más queridos—que fueron pulverizados. Lo que, en cambio, no podremos evaluar jamás serán las consecuencias de orden psicológico y afectivo de estas devastaciones. Sabemos que se ha sufrido mucho en las grandes poblaciones por el terror de la acción aérea; sabemos de familias sin hogar, sin medios de vida, sin esperanzas de rehacerlos en mucho tiempo; pero ignoramos totalmente, ya que esto no puede medirse, las consecuencias que para el alma individual, como para la colectiva de los pueblos, tendrán estas devastaciones.

Sólo en una cosa los efectos de la acción aérea pueden ser beneficiosos para los pueblos. Esta es, que la duración de las guerras pueden ser menores, si uno de los beligerantes posee la superioridad absoluta en el aire, que le permita aplastar la resistencia material y moral del contrario; cosa, sin embargo, difícil de conseguir, por dos motivos: 1.º Que pocas naciones se empeñarán en una lucha sin antes contar con el apoyo de otras que puedan facilitarle lo que le falte; estas alianzas entre los Estados hará que el equilibrio de fuerzas exista en el comienzo de las hostilidades. 2.º No habrá nación con mandos competentes y autorizados que entre en una lucha moderna sin contar de antemano con una "preparación moral" que le permita desafiar los peligros de la guerra aérea. Con esta moral, conseguida de antemano, pueden los pueblos encajar por mucho tiempo los golpes, por terribles que sean, de la Aviación adversaria, y aun aumentar, si cabe, el espíritu de resistencia.

Ahora bien: esta mayor crueldad de la guerra moderna influye en la psicología de los pueblos, restándoles indudablemente ánimos para ir a la lucha; por eso, el "pacifismo" es una teoría moderna con mayor número de adeptos cada día. No es una idea absoluta que prometa al hombre una mayor felicidad, argumentando que las diferencias entre los pueblos pueden solventarse por medios pacíficos sujetándose al arbitraje de buenos jueces; este razonamiento es una etiqueta que envuelve la mayor falacia, y los pueblos, con su fino instinto, lo comprenden perfectamente. El "pacifismo" más bien es una teoría falsa que envuelve el miedo a la guerra, el horror a la matanza, en los pueblos débiles o sin ideales; y es un egoísmo atroz, que sirve a los pueblos fuertes para procurar conser-

var sin posible riesgo lo que han arrebatado a otros anteriormente.

Por ello floreció de modo lozano en el interregno de las dos guerras mundiales, haciendo nacer en algunas naciones equivocadas la idea defensiva a ultranza, dando origen a ciertas famosas líneas fortificadas, "ábrete sésamo", según ellas, que les evitaría la invasión, la destrucción, la muerte. En las informaciones gráficas referentes a las movilizaciones diversas de las reservas de ciertos países, se han notado las diferencias en los semblantes de soldados y familiares con respecto a las dos guerras mundiales. Músicas, enardecimiento, himnos patrióticos, en el verano del 14, contrastando con la seriedad, lo sombrío de los semblantes y hasta la tristeza del otoño de 1939.

Prueba todo esto el miedo colectivo a las guerras modernas, a sus terribles consecuencias; miedo que, descendiendo de la colectividad al individuo, rebaja inicialmente su espíritu combativo aun antes de que comiencen los primeros encuentros. De éstos, sabe que serán duros; pero todavía no tienen experiencia de los mismos; mas cuando comiencen, el miedo del soldado, que ya entró medroso en la guerra, se agiganta sobremanera. El pánico entonces puede sobrevenir si no actúan sobre él resortes morales o coactivos que lo impidan, comunicándole la moral que necesita. Tomo de un libro de André Soubirau, "J'étais médecin avec les chars", las siguientes palabras: "... Estos hombres, obreros de fábricas, metalúrgicos, garajistas, conductores, ciudadanos más que aldeanos, por su raza, sus hábitos, su educación política, eran terriblemente individualistas. En septiembre de 1939 entraron en la guerra con el deseo de hacer en ella lo menos posible, de ser espectadores de un combate que no les interesaba. Intratables en las menores cosas que afectasen a su vida personal, querían sobre todo guardar bajo su uniforme los hábitos de la época de paz. No creyendo más que en el cemento, en la mujer, en el oficio, en las beatitudes pacíficas, soñando en convertirse en pequeños burgueses, se sentían todos ellos poco dispuestos a escribir Historia. Capaces de valor, pero de un valor individual, insensiblemente esta disciplina de todos los días ha hundido los temperamentos y los orígenes, depositando en ellos una voluntad de lucha colectiva..."

EL AMBIENTE, MODIFICADOR DEL INDIVIDUO

Es indudable que el hombre obedece a leyes físicas y morales de las cuales no puede prescindir; entre otras, están la herencia, el temperamento, el clima y la educación. Estas leyes obran sobre él de un modo continuado, que sólo un lento proceso de desintegración, de adaptación a nuevas leyes puede modificar, acercándolo a un nuevo género de vida, opuesto a lo vivido o creído con anterioridad. Este cambio puede producirse rápidamente, de modo casi instantáneo; se conseguirá cuando actúen fuerzas que obren violentamente, tales como las revoluciones o las guerras.

En la guerra hay modificaciones del espíritu individual que llevan consigo la del ambiente, como también modificaciones del ambiente colectivo que traen aparejado la del individuo. Difícil es de determinar el orden de prioridad de estas modificaciones o si coinci-

den en el tiempo. Esto es consecuencia de que el género de lucha sufrió a su vez una completa revolución a causa de que ya no es sólo el soldado el que combate, sino que lo hace la totalidad de las fuerzas activas del país. Hoy combaten las naciones enteramente, muchas veces más aún en la retaguardia que en la línea de los Ejércitos, porque la profundidad de la acción aérea con sus elevados índices de destrucción así lo exige.

Se impone crear el "ambiente o clima moral" para conseguir de todo un país la perfecta adaptación a las nuevas condiciones que fija la guerra aérea.

Conseguido este ambiente, el individuo se verá influenciado de tal modo, que no sólo no tomará por molestas muchas medidas draconianas que habrá de tomar para hacer menos sensible los efectos de la guerra aérea, sino que las encontrará plausibles. Por otro lado, se creará la mentalidad aérea, que facilitará la recluta del personal de Aviación, y se conseguirá de él el espíritu ofensivo de toda fuerza aérea combatiente.

La universalidad del espacio aéreo permite a todos los países contar con una aspiración común, sin más límite en su acción que su potencialidad económica, sus mayores o menores posibilidades industriales o su proximidad o lejanía a las rutas aéreas más frecuentes en el tráfico mundial.

En estas condiciones, no cabe duda que debe de ser empeño primordial de los hombres de gobierno preparar a sus países respectivos para la posible competición aérea en tiempo de paz y para la lucha aérea cuando ésta se presente. Preparación que requiere forzosamente la educación previa del país, la instalación de una fuerte industria aeronáutica, la selección de sus técnicos y la instrucción de sus fuerzas aéreas. Programa de difícil realización, desde luego, en aquellos países que, como el nuestro, carecen o escasean de las cosas imprescindibles para la equiparación con otros mejor dotados o más poderosos, pero no tampoco de imposible logro. Carecemos de muchas de las materias primas que hay que importar; nuestra industria no se encuentra a la altura de otras extranjeras; nuestra población es todavía escasa; pero poseemos, en cambio, una raza apta para las grandes empresas, por difíciles que éstas sean, y una magnífica situación geográfica y política. Ambas cosas, raza y situación, hay que valorarlas previamente para poder exigir de ellas la compensación a todo aquello que nos falta.

El hombre fué creado por Dios con un objeto y misión que cumplir, que abarca no sólo a la salvación de su alma y cuidado de la prole, sino también a la lucha por la existencia. Iguales cometidos tienen los pueblos. Estos pueblos, constituidos en Estados, tratan de imponer a sus vecinos su poderío, sus virtudes o sus vicios, su moral o su economía y su cultura. Si como ente moral el hombre tiende a la perfección, como ciudadano, formando parte de una sociedad organizada, tenderá a la práctica de aquellas virtudes que le hagan más fuerte, más valeroso, más digno de imponer a los demás sus puntos de vista. Esto se consigue por la guerra solamente, sea ésta económica o por medio de las armas; por ello, los pueblos tienen que

estar preparados para hacerla o para resistirla. Es una necesidad de vida que subsistirá hasta tanto se consiga una moral humana tan elevada que las haga innecesarias; grado moral que todavía no se vislumbra por parte alguna.

LA RAZA, LOS PAISES Y LA GUERRA AEREA

Quedamos en que la guerra es aún un hecho necesario, inevitable y trascendente, cuyo objeto último—muchas veces no visible—es el mejoramiento de la moral humana. Podríamos compararla a los obstáculos desagradables o penosos que encuentra todo caminante que quiere escalar una alta cima. Tropezará infinitas veces, se cubrirá con el polvo de todos los caminos, sangrará por diversas heridas; pero al final coronará su atrevida empresa si su voluntad no ha flaqueado. Este caminante obstinado y voluntarioso son los pueblos que miran el porvenir con fe ciega en sus destinos, apoyados en las virtudes raciales, cualesquiera que sean las dificultades.

Hay que decir, por tanto, a los pueblos, con claridad y sin tapujos, lo que pueden esperar de una conflagración armada. Como Mr. Churchill dijo a su país, "sólo os puedo prometer sangre, sudor y lágrimas", así hay que hablarles a los pueblos viriles, ya que, en definitiva, ésta es la perspectiva de la guerra moderna.

La guerra aérea sólo la pueden aguantar países de nervios bien templados, ya que uno de sus objetivos principales es conseguir la desmoralización del contrario. Hay países aptos para hacerla, como los hay también incapaces de resistirla. En general, obra de manera notable el mayor o menor grado de preparación que se tenga; pero esto no es todo, ya que la actual guerra ha demostrado cómo ciertos países bien preparados, con Aviación potente incluso, la perdieron por falta de aquellas virtudes que sólo ciertas razas poseen en grado elevado.

¿Qué razas o países creemos entonces como más aptos para la guerra aérea? Primeramente diremos que aquellos mejor organizados y preparados para la misma, pues sólo con organización y preparación adecuadas se puede en los tiempos actuales mantener la lucha; después, aquellos países cuya psicología colectiva les impulsa a obrar con más obstinación, más entereza y mayores virtudes patrióticas; más tarde, aquellos otros cuya misión universalista les lleva a querer conquistar la hegemonía mundial. En resumen: la guerra aérea es apropiada únicamente para aquellos países muy adelantados en el orden material y en el espiritual. Por eso, las grandes naciones nórdicas actuales—Inglaterra, Estados Unidos, Canadá—fueron en la pasada contienda europea la mayor importancia al empleo de la Aviación, construyendo por centenas de millar los más modernos aparatos, reclutando e instruyendo al personal volante en mayor proporción que cualquier otro beligerante, sentando la doctrina de empleo que les trajo la victoria, y sabiendo resistir con el mayor heroísmo—caso de Inglaterra—la acción germana desde el aire en los sombríos meses del año 1940.

Mas no debemos considerar cosa privativa de tales países la aptitud para la lucha aérea. También los países meridionales, peor organizados, menos disciplinados, no tan bien dotados de medios materiales o demográficos, pueden llegar a tener idéntica aspiración. España, desde luego. Es cuestión solamente de acertar en la organización y preparación de los medios, puesto que la raza no carece en absoluto, más bien posee en abundancia, aquellas virtudes morales precisas en toda guerra: espíritu de sacrificio, valor, constancia en la lucha y sentido del honor.

Factor predominante en la guerra; desde luego, en la guerra aérea, es la situación geográfica, la densidad de población, la industrialización de un país; en una palabra, la "geopolítica", como actualmente se dice.

Esta situación geográfica requiere estar colocado próximo al futuro teatro de operaciones, mejor que en su mismo centro, pues la proximidad proporciona las ventajas de un económico rendimiento de sus fuerzas aéreas.

Dado el radio de acción de los actuales aviones, la mejor situación de un país es la "excentricidad" con respecto al lugar de la guerra inicial; excentricidad que las luchas actuales de coalición sólo permite tenerla a pocos países. En el mapa actual del mundo, sólo Rusia, Estados Unidos y gran parte de China pueden considerarse como naciones excéntricas, y aun en estos países, a pesar de sus colosales dimensiones, sólo el interior de los mismos puede gozar de esa ventaja, cosa que probablemente ocurrirá por poco tiempo, dado el avance de la técnica aérea.

La situación central, en cambio, si bien tiene ventajas en orden a una mejor utilización de medios logísticos, de una mayor concentración de elementos guerreros de todas clases, de una mayor economía de fuerzas operando por líneas interiores, tiene también el enorme inconveniente de llegar a convertirse, a consecuencia de la profundidad de la acción aérea, en el blanco de todas las Aviações vecinas adversarias, atrayéndolas hacia sí, como si fuese un pararrayos en el centro de una gran tormenta. Entonces, de no ser más poderosa en el aire que sus rivales, vería en poco tiempo su territorio arrasado y destruído. Tal fué el caso de Alemania en la contienda que acaba de terminar.

También la densidad de población elevada, la fuerte industrialización de un país, con las aglomeraciones demográficas que lleva esto consigo, tienen ventajas e inconvenientes que vamos a ver someramente. En primer lugar, hay que hacer constar su gran vulnerabilidad a las acciones aéreas, pues edificaciones

urbanas, población civil y conjuntos industriales, son objetivos que, por poco tiempo, pueden aguantar firmemente los demoleedores efectos de los modernos explosivos aéreos, aunque gocen de una buena defensa, por eficaz que sea. No olvidemos que bomba que cae en un casco urbano o en una factoría industrial, no se desperdicia jamás.

Este inconveniente grave sólo encuentra compensación en la mayor ventaja que proporciona una mejor concentración de los elementos defensivos aéreos, una más fácil distribución de los sistemas de comunicación y transporte y una mayor comprensión de la guerra aérea por los habitantes de las urbes con respecto a la población campesina. De todos modos, pesan tanto los inconvenientes de la vulnerabilidad, que en la política de preparación para la guerra aérea todos los países del mundo tratan de buscar fórmulas que eviten los formidables estragos que la Aviación causa en los grandes centros urbanísticos. La evacuación en masa al centro de las grandes poblaciones, la dispersión de la industria con todos los problemas que lleva consigo, la modificación en la construcción y en el género de vida de las ciudades, son por lo de ahora los paliativos que tratan de buscarse, aunque no resuelvan la cuestión.

Los países agrícolas, en general poco poblados, tienen a su favor, en lo que respecta al aspecto defensivo en la guerra aérea, la gran dispersión natural de sus habitantes y de sus medios de producción, transporte y comunicación, si bien en el aspecto ofensivo, carentes de los recursos materiales que los puedan hacer poderosos, no podrán poseer la fuerte Aviación precisa para aspirar a la victoria.

Pero por encima de toda consideración de orden material, la guerra será ganada siempre por el hombre; o sea, por quienes tengan la superioridad de orden moral.

La guerra, lucha de voluntades, sólo la pueden soportar en su actual crueldad aquellas razas, aquellos países que por su indiosincrasia, por sus virtudes, por sus ideales, estén dotados del más elevado grado de sacrificio posible. Así se consigue que Londres haya resistido sin desmayar los efectos de más de 7.000 toneladas de bombas de Aviación, amén de las 1.000 bombas volantes V-1 y V-2; de igual modo, que la nación alemana haya soportado estoicamente el lanzamiento de más de 1.200.000 toneladas de explosivos sobre su territorio en el transcurso de la guerra.

Récordemos la frase de un gran político español, que decía: "Los pueblos no mueren por débiles, sino por viles", y saquemos la moraleja consiguiente en estos tristes tiempos en que la Humanidad camina por derroteros que sólo Dios sabe a dónde conducen.

